

SUSANNAH NIX

EL CÓDIGO DEL AMOR

No hay que ser científico para saber que los opuestos se atraen



SUSANNAH NIX

EL CÓDIGO DEL AMOR

Traducción de Mariana Hernández Cruz

 Planeta

Título original: *The Love Code #1*
(antes titulado *Remedial Rocket Science*)

© Susannah Nix, 2024

Edición en español publicada con el acuerdo de Casanovas & Lynch Literary Agency

Publicado por primera vez en 2024 por Macmillan, un sello de Pan Macmillan, una división de Macmillan Publishers International Limited

© por la traducción, Mariana Hernández Cruz, 2024

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2024

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-28983-8

Depósito legal: B. 8.429-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Tres años atrás

Melody Gage revisó su teléfono por décima vez en un lapso de cinco minutos.

Nada.

Suspiró, cogió su vaso de cerveza y bebió un trago. Hacía calor en el bar y ella todavía llevaba puesta su chaqueta de piel, que no podía quitarse porque tenía un agujero en la blusa, justo en la costura que le cruzaba los omóplatos.

Además, quitarse la chaqueta implicaba quedarse más de unos minutos, algo que no pensaba hacer.

No podía creerse que hubiera hecho el esfuerzo de salir aquella noche. Se había puesto su chaqueta de piel favorita, aun cuando hacía demasiado calor. Era lo más bonito que tenía, a pesar de que la había comprado en una tienda de segunda mano. Incluso había cambiado sus Dr. Martens de siempre por unas bonitas bailarinas. ¿Y para qué? Para que él le diera plantón.

Melody sintió que alguien le tocaba el brazo mientras se deslizaba en el taburete que tenía a su lado. Levantó la mirada esperanzada, pero no era Victor.

El tío que no era su cita se inclinó hacia ella sonriendo.
—¿Qué tal?

Era joven, como ella, quizá fuera universitario, y, como muchos clientes del Cask'n Flagon, llevaba una gorra de los Red Sox. También vestía una camiseta de una fiesta de «prostitutas y proxenetes» de alguna fraternidad, lo que le restó varios puntos. Pero no era feo. De hecho, se vio tentada de describirlo como atractivo.

Lástima que estuviera esperando a alguien... que ya llegaba quince minutos tarde. No era exactamente un comienzo prometedor para una primera cita.

Melody le ofreció a su nuevo compañero de asiento una sonrisa amable pero reservada.

—Bien.

—Estás buenísima, ¿lo sabías? —dijo él acercándose más.

Qué asco. Siempre había despreciado esa palabra en ese contexto. *Buenísima*. ¿Alguna vez un hombre había logrado describir a una mujer como «buenísima» sin sonar como un depravado? Además, le olía el aliento a ajo. No, gracias.

—Gracias, pero estoy esperando a alguien. —Comprobó su teléfono. Seguía sin recibir ningún mensaje.

—¿Sabes?, por lo general no me gustan las chicas de pelo corto —insistió su acompañante señalando su cabellera castaña—, pero haría una excepción contigo.

Puaj. Eso le pasaba por salirse de su zona de confort. Debería haber sabido que esa noche sería un fracaso cuando Victor a) eligió para su cita un bar deportivo cerca de Fenway, y b) sugirió que se reunieran ahí en lugar de llegar juntos.

Solo aceptó porque estaba desesperada por salir de la rutina. Desesperada por hacer algo, cualquier cosa que no fuera pasar otra noche de sábado estudiando en su cuarto o trabajando en el laboratorio de informática.

Y mira lo único que había conseguido.

—Seguro que sabes que estás buena —continuó el aspirante a donjuán, sin inmutarse por el lenguaje corporal de rechazo de Melody—. Probablemente los chicos te lo dicen todo el tiempo, ¿verdad?

«¿DÓNDE ESTÁS?», le escribió Melody a Victor, golpeando la pantalla de su teléfono con los pulgares.

Victor ni siquiera le gustaba tanto. Eran compañeros de laboratorio de química, pero las únicas chispas que había entre ellos eran las que usaban para encender el mechero Bunsen.

Lo único que tenía a su favor era que la había invitado a salir, lo cual ya era más de lo que nadie había hecho últimamente. Era el único que había mostrado algún interés en ella en todo el año.

Como le había recordado su compañera de habitación, ni siquiera le habían dado un beso desde el de aquel tipo de la barba partida en la semana de bienvenida, y él no se acordó de ella al día siguiente, cuando se le pasó la borrachera.

Aunque tampoco se había esforzado mucho. Casi todo su tiempo estaba dividido entre estudiar y trabajar para pagar la parte que no cubrían las becas estudiantiles.

El MIT era muy difícil, a diferencia del resto de las escuelas a las que había asistido. Toda su vida había sido la mejor de su promoción. Pero en el MIT todos los demás también habían sido los mejores de su promoción.

Tenía que esforzarse el doble para mantenerse en el promedio.

A Melody no le gustaba ser parte del promedio. Quería volver a estar en la cima. O al menos cerca de la cima. Y si eso significaba perderse algunas fiestas, que así fuera. No se perdía gran cosa.

Solo que... ahora que su primer año estaba a punto de terminar, la había invadido la sensación de que todos los demás habían salido y conocido a gente nueva, se habían acostado con otras personas, se habían enamorado, habían roto y se habían vuelto a enamorar, mientras que ella estaba enterrada bajo libros. Los demás habían vivido experiencias.

Si Melody no tenía cuidado, en tres años saldría al mundo con un grado, pero con la madurez social de una estudiante de secundaria. Pensó que debía intentar mejorar sus aptitudes para la vida, y no solo sus aptitudes académicas.

Así fue como había acabado en ese bar, siendo molestanda por un chico de fraternidad queapestaba a desodorante Axe y a desesperación.

Su nuevo amigo se acercó aún más, apoyando el hombro en el de ella, y le sopló otra nube con aliento a ajo en la cara.

—Entonces, ¿qué hace una chica como tú aquí sola?

—Estoy esperando a alguien —repitió Melody apretando los dientes. Inclino la cabeza para observar a la multitud que se arremolinaba junto a la puerta por si acaso Victor aparecía.

—Una chica como tú no debería estar sola. ¿Qué tal si te hago compañía hasta que llegue tu amigo?

—¿Qué tal si no lo haces?

—¿Qué estás bebiendo? Déjame invitarte a otra.

—No quiero otra...

—¡Una más de lo que sea que esté bebiendo! —le gritó aquel cerdo al barman ignorándola. Era como hablar con una pared de ladrillos.

—No se moleste —le dijo Melody al barman—. No me voy a quedar.

En serio, a la mierda Victor. No esperaría ni un segundo más.

—Oye, ¿adónde vas? —protestó el tipo asqueroso agarrándola del brazo cuando se deslizaba desde la silla alta.

Melody se zafó de su mano, girando sobre sí misma para escapar, y se estrelló de frente contra un pecho masculino. Sobresaltada, miró al par de deslumbrantes ojos azules, que pertenecían a un chico muy alto y muy guapo.

—Guau —soltó.

—Siento mucho llegar tarde, amor. —Aquel chico tan mono le dedicó una sonrisa con hoyuelos y le apretó el brazo como si la conociera.

Melody lo miró boquiabierta. Estaba segura de que no lo había visto en su vida. «¿Qué está pasando ahora mismo?»

Cuando él se inclinó para darle un beso en la mejilla, ella estaba tan atónita que no pudo moverse. Solo que, en lugar de besarla, aquellos labios se acercaron a su oreja y le susurraron:

—Sígueme el juego si quieres escaparte de este notas.

Oh, por supuesto: le seguiría el juego para quitarse de encima al tío asqueroso.

Rodeó el cuello del chico guapo con las manos y lo

abrazó con un entusiasmo exagerado. Guau, su espalda estaba petada. Y olía fantásticamente, como un bosque de secuoyas muy caro. Quizá lo abrazó un rato más de lo necesario en sus ganas de olerlo un poco más.

—¿Dónde estabas, osito? —preguntó con su mejor voz de novia alegre.

Él ladeó la cabeza y sus ojos se entornaron con diversión mientras que su boca se curvaba en una sonrisa burlesca.

—Bueno, carita de arroz, creo que me he liado con dónde habíamos quedado.

—Oh, qué tonto, menos mal que eres tan guapo. —Soltó una risita falsa y le dio un puñetazo juguetón en el brazo. Luego le rodeó los bíceps con las manos, unos bíceps muy firmes, y lo arrastró hacia el mostrador de la jefa de sala, que recibía a los clientes en la entrada.

Mientras se alejaban, el chico guapo le lanzó una mirada penetrante, que decía «no te metas con mi chica», al tío asqueroso, que ya estaba retrocediendo con las manos en alto en la señal universal de «oye, hombre, lo siento, no era mi intención». Típico. El muy idiota no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta de parte de ella, pero en cuanto otro hombre la había reclamado, como si ella fuera una propiedad, izó la bandera blanca y abandonó la escena. Qué imbécil.

No es que no estuviera agradecida por su intervención, pero también era posible que acabara de saltar de la nave de Jabba el Hutt al foso del sarlacc. Así que, en cuanto estuvieron fuera del campo visual del cerdo de la barra, Melody se soltó y dio un gran paso atrás, poniendo un metro de distancia entre ellos. Su benévolo salvador metió las

manos en los bolsillos de sus shorts a cuadros, esquivando a un grupo de cuatro personas al que la jefa de sala conducía a una mesa. Llevaba mocasines y un polo con el cuello abierto, como salido de un anuncio de Ralph Lauren.

—¿Estás bien? —Frunció el ceño de preocupación mientras sus ojos se posaban en su brazo—. Ese tío no te haría daño cuando te ha agarrado, ¿no? —Tenía unos ojos inusualmente amables para alguien que vestía como un cretino de colegio privado.

—No, estoy bien. —Melody cerró los puños, resistiendo el impulso de frotarse el antebrazo donde aquel cerdo la había tocado—. Pero gracias por la ayuda.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —Como si se diera cuenta de repente de cómo sonaba, añadió—: Quiero decir, puedo pedirte un taxi si quieres.

Ella negó con la cabeza. Era una chica con un agujero en la blusa y una chaqueta de una tienda de segunda mano; no podía darse el lujo de pagar un taxi con su presupuesto de estudiante.

—Gracias, pero estoy bien. —Regresaría a casa en metro, de la misma forma en que había llegado.

—Muy bien —dijo—. Si estás segura.

—Estoy segura.

Él asintió y se alejó hacia la parte trasera del restaurante, sin coquetear con ella ni esperar nada a cambio por su buena acción. Al parecer, la caballerosidad no había muerto después de todo.

El teléfono de Melody vibró en su mano. Era un mensaje de Victor.

«Lo siento, me he entretenido y no voy a poder ir.» Estupendo. Maravilloso. Perfecto.

—¡Oye! —gritó corriendo tras el chico guapo—. Espera. Él se dio la vuelta, alzando las cejas. El pelo color arena le caía sobre la frente; se lo echó hacia atrás y le sonrió. Tenía unos hoyuelos preciosos cuando sonreía. Siempre le habían gustado los hoyuelos, eran su criptonita.

Melody respiró hondo, ignorando a los hámsteres que daban vueltas de nervios en su estómago. Lo único que tenía que hacer era hablar con él. Podía hacerlo, no era física cuántica ni nada por el estilo.

«No, es mucho peor.» Se le daba bien la física cuántica. Sin embargo, hablar con chicos guapos le resultaba intimidante. Especialmente con modelos musculosos que olían a gloria y representaban el ideal de caballerosidad.

Flo Rida sonaba en los altavoces del bar mientras que al mismo tiempo un grupo de gente con camisetas de los Sox pasaba entre ella y los bellos hoyuelos del chico guapo, intentando llegar a la barra. Melody se abrió paso a codazos, lanzando tantas miradas de odio como recibía, hasta que se encontró de pie frente a él.

—¿Cómo te llamas? —Con su metro setenta y cinco, Melody no era lo que se consideraría bajita, pero él era lo suficientemente alto como para que tuviera que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo desde tan cerca.

—Jeremy.

—Bueno, Jeremy, creo que te debo una copa.

Él negó con la cabeza y el gesto hizo que unos mechones le cayeran de nuevo sobre la frente.

—No me debes nada. —Hizo una pausa, pasándose la mano por el pelo—. Pero si me la ofreces por propia voluntad...

Otra vez esa media sonrisa. ¿Cómo podía ser tan sexi?

Una sonrisa tan burlona como la suya no debería hacer que se le cayera la baba, pero así era. Sin ninguna duda, conseguía embelesarla.

—No le des tantas vueltas —dijo incapaz de controlar su propia sonrisa—. Me gustaría invitarte a una copa. Eso es todo.

Él inclinó de nuevo la cabeza, cosa que a ella empezaba a encantarle. Luego estaba el asunto de sus ojos, que eran extraordinariamente azules ahora que los miraba de cerca. Azul cerúleo, como en el episodio de *Expediente X* sobre aquel tipo que hipnotizaba a la gente.

—Tú no me has dicho tu nombre —repuso Jeremy mirándola con sus ojos absurdamente azules.

—Melody —contestó ella tratando de fingir que aquella escena le resultaba del todo normal, como si fuera por la vida ofreciéndoles bebidas a chicos guapos de sonrisa ardiente y pelo adorable y sedoso.

Él sonrió.

—En ese caso, acepto tu oferta, Melody.